

LAS DAMAS
DE IVY COTTAGE

Las damas de Ivy Cottage. Libro 2 de la serie *Historias de Ivy Hill*

Título original: *The Ladies of Ivy Cottage, Tales of Ivy Hill 2*

© 2017 by Julie Klassen

Originally published in English under the title:

The Ladies of Ivy Cottage

by Bethany House Publishers,

a division of Baker Publishing Group,

Grand Rapids, Michigan, 49516, U.S.A.

All rights reserved

© de la traducción: Cecilia González Godino

© de esta edición: Libros de Seda, S.L.

Estación de Chamartín s/n, 1ª planta

28036 Madrid

www.librosdeseda.com

www.facebook.com/librosdeseda

@librosdeseda

info@librosdeseda.com

Diseño de cubierta: Mario Arturo

Maquetación: Rasgo Audaz

Imagen de la cubierta: © Victoria Davies/Arcangel Images

Primera edición: agosto de 2019

Depósito legal: M-24212-2019

ISBN: 978-84-16973-95-8

Impreso en España – Printed in Spain

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos. Si necesita fotocopiar o reproducir algún fragmento de esta obra, diríjase al editor o a CEDRO (www.cedro.org).

HISTORIAS DE IVY HILL

A decorative rectangular border with a thin grey line, featuring ornate floral and vine motifs in the corners and along the sides.

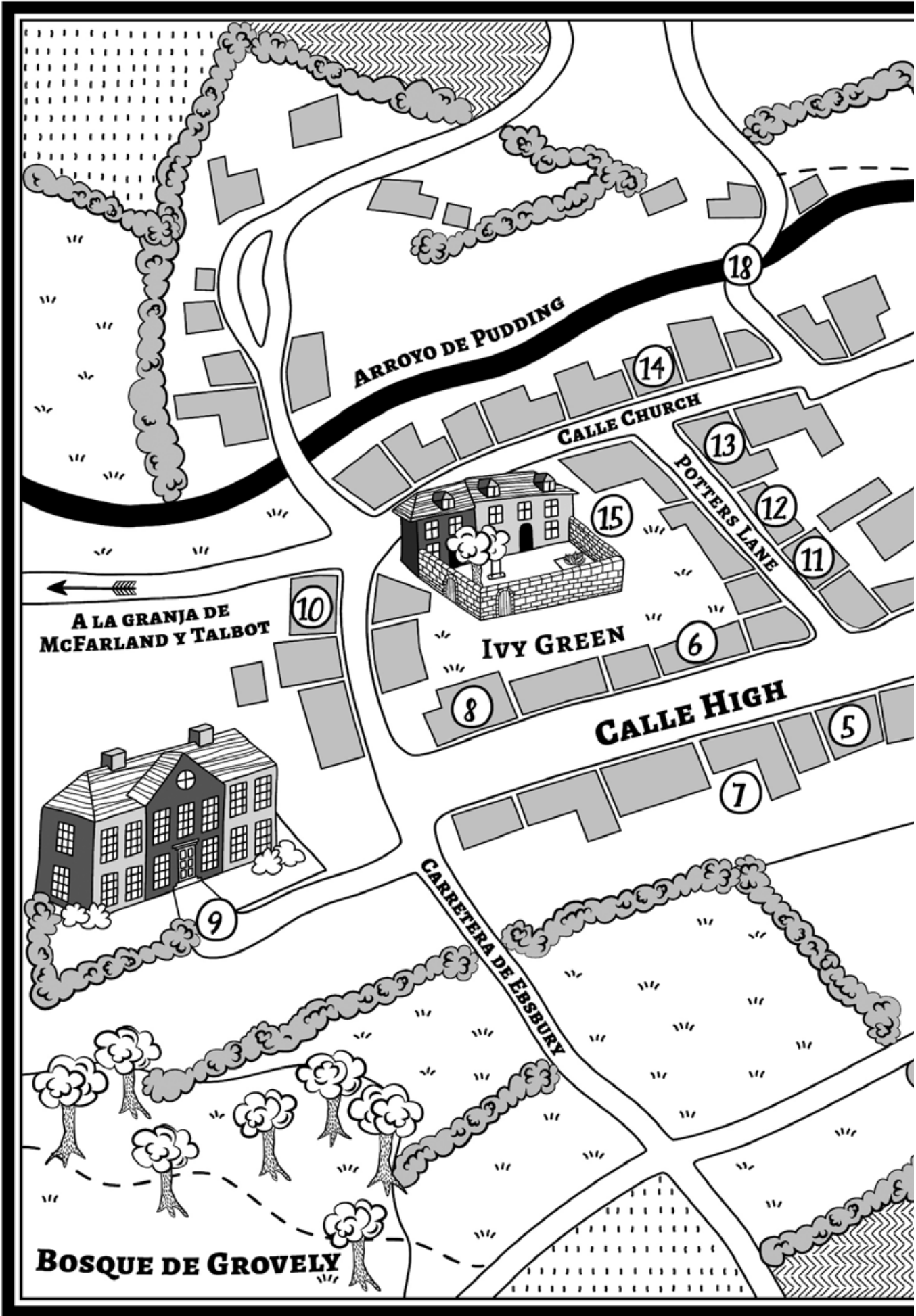
LAS DAMAS
DE IVY COTTAGE

JULIE
KLASSEN

Libros de
seda

*Con amor, para las preciosas hijas de mi hermano,
mis queridísimas sobrinas:
Kathryn, Alexandra, Julia y Lia.*





ARROYO DE PUDDING

CALLE CHURCH

POTTERS LANE

IVY GREEN

CALLE HIGH

CARRETERA DE EBBURY

A LA GRANJA DE MCFARLAND Y TALBOT

BOSQUE DE GROVELY

18

14

13

12

11

15

6

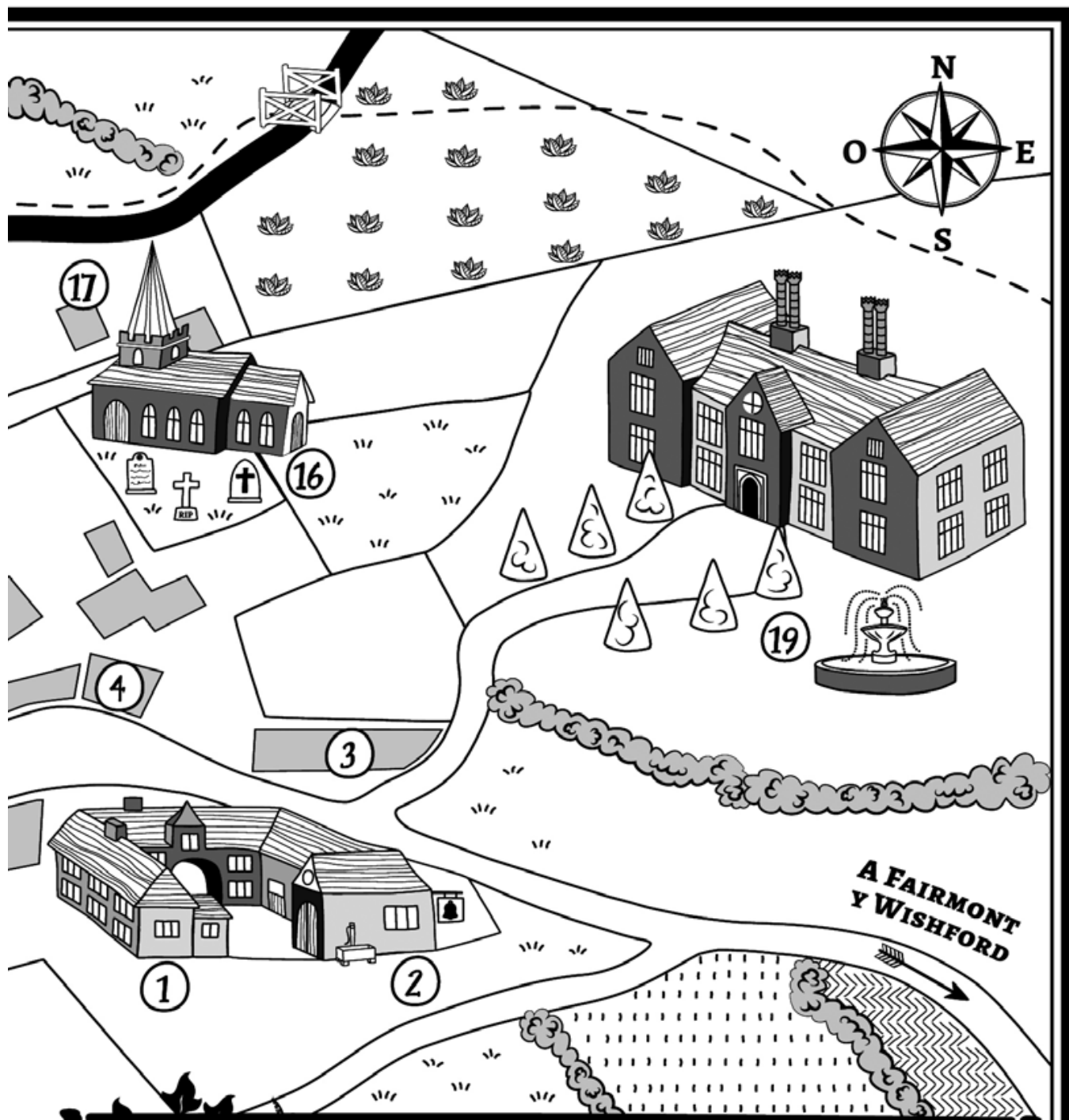
8

7

5

10

9



IVY HILL

1 - La posada, Bell Inn
 2 - Establos y alojamientos
 3 - Ruedero
 4 - Herrador
 5 - Tienda de Prater

6 - Modista
 7 - Botica
 8 - Banco
 9 - Thornvale
 10 - Asilo de ancianos

11 - Cárcel
 12 - Ayuntamiento
 13 - Taberna
 14 - Panadería
 15 - Ivy Cottage
 16 - Iglesia
 17 - Vicaría
 18 - Puente de Packhorse
 19 - Brockwell Court



BIBLIOTECAS CIRCULANTES:

Donde todo tipo de libros puedes hallar,
fascinantes, regulares y malos sin par.
Algunos de los pueblos de la costa del país,
presumen de tener la mitad de estas bibliotecas allí;
que ofrecen una cantidad nada despreciable,
de un tesoro intelectual bastante agradable.

Poetical Sketches of Scarborough, 1813

.....

**BIBLIOTECA MESSRS.
WRIGHT AND SON'S ROYAL COLONNADE**



Este establecimiento dispone de ocho mil
libros de Historia, biografías, novelas,
libros en francés y en italiano y las mejores publicaciones
contemporáneas. La sala de lectura
la frecuentan tanto damas como caballeros
y todos los días se nutre con
los periódicos londinenses de la mañana y de la tarde...

Brighton as It Is, 1834

.....

Jesús hizo también muchas otras cosas, tantas que,
si se plasmara por escrito cada una de ellas,
creo que no cabrían en el mundo
todos los libros que tendrían que escribirse.

JUAN 21:25



CAPÍTULO
I

Septiembre de 1820
Ivy Hill, condado de Wilts, Inglaterra

Rachel Ashford estaba a punto de llevarse las manos a la cabeza. Su educación privada con una institutriz no la había preparado para aquello. De pie, en el aula de Ivy Cottage, hizo una pausa en su discurso para observar a sus alumnas. Fanny cuchicheaba con Mabel, Phoebe jugaba con las puntas de su cabello trenzado, la pequeña Alice miraba por la ventana y Sukey leía una novela. Solamente la alumna de más edad, Anna, le prestaba atención, a pesar de ser la más educada de entre ellas y, por tanto, la que menos necesitaba sus lecciones. Siempre que Mercy impartía la clase, las niñas se sentaban con una postura perfecta y parecían asimilar cada una de sus palabras.

Estaba tentada de levantar la voz, pero respiró hondo y continuó como si no ocurriera nada.

—Siempre debéis llevar guantes en la calle, en la iglesia y en eventos formales, excepto cuando estéis comiendo. Siempre debéis aceptar con gentileza lo que os ofrezca un caballero. Nunca debéis hablar en voz muy alta o de forma grosera y...

—¡Pues es la única voz que tengo! —protestó Fanny.

Algunas de sus compañeras soltaron una risita nerviosa.

—Niñas, por favor, tratad de recordar que la risa escandalosa no es aceptable en reuniones sociales. Una dama siempre debe hablar y moverse con elegancia y buenos modales.

—Bueno, ahora no estoy en una reunión social —replicó Fanny—. Estoy con vosotras.

La profesora se mordió el labio e insistió:

—La vulgaridad es inaceptable en cualquiera de sus formas y debe reprimirse siempre.

—Entonces no se acerque a la cocina cuando el carnicero haya cobrado de más a la señora Timmons. Oirá tantas vulgaridades que se sonrojará, señorita Ashford.

Rachel suspiró. No estaba consiguiendo nada. Alargó la mano hacia su escritorio para alcanzar *El espejo de la elegancia*.

—Si no vais a escucharme a mí, prestad atención a lo que dice esta célebre autora. —Leyó el subtítulo—: «Consejos para mujeres sobre vestimenta, educación y buenas maneras».

—Vaya rollo —farfulló Fanny.

La señorita Ashford hizo caso omiso a la queja de la niña, abrió el libro por un pasaje marcado y leyó en voz alta:

—«La familiaridad actual presente entre los sexos es perjudicial tanto para la delicadeza como para el interés de las mujeres. La mujer es ahora tratada por los hombres con una libertad comparable a los objetos más vulgares y comunes de su entretenimiento...».

La puerta chirrió al abrirse y Rachel se volvió esperando ver a Mercy. Pero quien se encontraba en el umbral era Matilda Grove con una divertida expresión en la mirada. Tras ella estaba Nicholas Ashford con un visible gesto de incomodidad.

Rachel pestañeó, sorprendida.

—Señorita Matilda, las niñas y yo tratábamos de... aprender... una lección sobre conducta.

—Eso me parecía. Por eso le pedí al señor Ashford que subiera conmigo. ¿Qué mejor manera de instruir sobre el comportamiento apropiado entre sexos que con una demostración? Un método mucho más interesante que a través de un simple texto.

—¡Eso, eso! —intervino Fanny.

Nicholas Ashford se aclaró la garganta:

—Me dieron a entender que necesitaba ayuda, señorita Ashford. De otra manera jamás me habría atrevido a interrumpirla.

—Es... es usted muy amable por ofrecerse, pero no creo...

—«Siempre debéis aceptar con gentileza lo que os ofrezca un caballero» —recitó Mabel como un loro, repitiendo las palabras de la profesora.

Después de todo, sí que había estado escuchando la lección. Rachel se sonrojó.

—Muy bien, pero solamente si está seguro de que no será una molestia para usted, señor Ashford.

—Por supuesto que no.

La señorita Matilda abrió del todo la puerta y le hizo un gesto al hombre para que pasara delante de ella. El desgarrado joven entró en el aula con dos largas zancadas. Las niñas comenzaron a murmurar y a agitarse. Rachel intentó en vano hacerlas callar.

Él se detuvo, hizo una reverencia, con un bucle de su pelo castaño cayendo sobre los rasgos infantiles de la cara, y saludó:

—Buenos días, señorita Ashford. Señoritas...

La joven se sintió más cohibida que nunca con él allí, testigo de su ineptitud. —¿Por qué no hacemos una demostración del comportamiento debido e indebido que describe el libro? —sugirió la señorita Grove—. Primero, déjeme que le presente. Para vuestra información, niñas, no debéis dar vuestro nombre a cualquiera que pase, sino que debéis esperar a que un familiar o un amigo de confianza os presente.

—¿Por qué? —intervino Phoebe.

—Para protegeros de personas despreciables y de la influencia de malas compañías. Veamos. Siempre he disfrutado con el teatro, aunque como actriz jamás alcanzaré la gracia de su querido y difunto padre, señorita Rachel. —Matilda levantó un dedo—. Ya sé. Haré el papel de un gran personaje, como... *Lady Catherine de Bourgh*, de *Orgullo y prejuicio*, una novela maravillosa. ¿La ha leído?

La profesora negó con la cabeza.

—Oh, debe leerla. Es muy entretenida e instructiva.

—Me temo que no soy muy devota de los libros.

La boca de Matilda se contrajo en una larga «o» y dirigió una elocuente mirada a las alumnas.

—Es decir —se apresuró a matizar la joven—, estoy segura de que los libros son de extrema utilidad, especialmente en el proceso de aprendizaje. Yo misma leí muchos en mis años como alumna. Además, mi padre los adoraba.

Matty Grove asintió con la cabeza.

—Muy cierto. Sigamos. Por ahora, dejemos de lado el rango y la presentaré como una igual en términos sociales —comenzó, con un deje digno de la realeza—. Señorita Ashford, permítame presentarle a mi amigo, el señor Ashford. Señor Ashford, la señorita Rachel Ashford.

Sukey murmuró:

—Eso son muchos Ashford.

—¿Cómo se encuentra, señor? —respondió Rachel con una inclinación.

Nicholas repitió la reverencia.

—Señorita Ashford, es un placer conocerla.

—Excelente —prosiguió Matilda—. Pasemos ahora a cómo actuar frente a caballeros impertinentes. —Entonces alargó la mano hasta el libro de Rachel, lo hojeó y leyó en voz alta—: «Ya no es común ver la inclinación de cortesía o la mirada atenta y educada cuando un caballero se acerca a una dama, sino que correrá hasta ella, le tomará la mano y la sacudirá con vigor, haciendo algunas preguntas sin mostrar el más mínimo interés en sus respuestas. Después, desaparecerá antes de que ella pueda responder». —Levantó la mirada hacia Nicholas y sugirió—: ¿Podría escenificar esto?, ¿cómo «no» aproximarse a una dama?

El hombre hizo un gesto de desagrado.

—Yo nunca...

—Creo que no ocurrirá nada por representarlo en esta ocasión, señor Ashford. Al fin y al cabo, es en aras de la educación de las niñas —respondió Matilda en tono inocente, aunque Rachel pudo distinguir un destello de diversión en sus ojos.

—Ah, en ese caso... De acuerdo.

Retrocedió unos pasos y se acercó a Rachel en dos largas zancadas, agarrándole la mano y sacudiéndola enérgicamente.

—No hay duda, señorita Ashford, de que hace un bonito día. Goza de buena salud, ¿no es así? Bueno, espero que tengamos la oportunidad de vernos de nuevo muy pronto. Adiós.

Entonces dio media vuelta y salió a grandes zancadas por la puerta.

Las niñas empezaron a reírse entusiasmadas y aplaudieron. Él volvió al aula absolutamente ruborizado y miró a Rachel con incertidumbre, a lo que ella respondió con una sonrisa de apoyo.

Matilda agitó la cabeza fingiendo desaprobación.

—¡Qué familiaridad más impactante! En casos como este, la fría cortesía es el arma más eficaz para poner a estos vulgares borregos en su sitio.

—¿Borregos? —repitió Mabel—. Señor Ashford, ¡le ha llamado borrego!

—Me han llamado cosas peores.

—Ahora, repitamos la misma escena. Sin embargo, señorita Ashford, ¿puede responder esta vez de la manera apropiada?

De nuevo, Nicholas Ashford avanzó hasta ella y le sujetó la mano entre las suyas. Rachel observó a aquel hombre alto. Creyó ver una cálida admiración en su mirada, con la que recorrió sus ojos, su nariz, sus mejillas...

Cuando vio que la señorita Ashford no hacía ademán de rechazarlo, Matty recurrió al libro:

—«Cuando un hombre que no tenga el privilegio de la amistad o del parentesco intente tomar su mano, deberá retirarla inmediatamente con un aire de disgusto tan marcado que haga que este no repita el gesto de nuevo».

Matilda dejó de leer y Rachel sintió sobre ella su mirada, expectante, pero no fue capaz de retirar la mano de entre las de él; no cuando se había ofrecido a casarse con ella, no en público. Le parecía un gesto muy desconsiderado.

—¿Es aceptable dejar que un hombre tome tu mano? —murmuró ilusionada Anna Kingsley, de diecisiete años.

La señorita Grove retiró su atención de la pareja, nada cooperativa, y respondió:

—Bueno, sí. Pero debes recordar, Anna, que este contacto, un apretón de manos, es el único signo externo que una mujer puede conceder para demostrar su consideración. Por tanto, debe reservar estos gestos para un hombre a quien tenga en alta estima.

Tras otro vistazo hacia la pareja, que seguía inmóvil, Matilda cerró el libro y se aclaró la garganta.

—Bueno, niñas. ¿Qué os parece si terminamos un poco antes y salimos al recreo? No le importará que suspendamos su lección por hoy, ¿verdad, señorita Ashford? No, no le importa. Está bien, chicas; todas fuera.

Rachel desvió su mirada del señor Ashford en el momento justo para ver el gesto divertido de Matilda mientras salía con las alumnas. Su compañero de escena aún no le había soltado la mano. Cuando la puerta se cerró tras las niñas, soltó una risita ahogada y separó con suavidad la mano.

—Al parecer, la lección ha terminado.

—¿Cree que les ha sido de utilidad? —preguntó él.

«¿De utilidad?, ¿para qué?», pensó, pero respondió con aire despreocupado:

—Quién sabe... Tal vez más que mis pobres intentos de enseñarles cualquier cosa... —Se acercó al escritorio y tiró sus notas a la papelera—. No tengo talento para enseñar. Tengo que encontrar otra manera de ayudar aquí o buscar otra forma de ganarme la vida.

Él la siguió hasta la mesa.

—No debería preocuparse por mantenerse a sí misma, señorita Ashford. No habrá olvidado mi oferta, ¿verdad?

—No, no la he olvidado. Gracias. —Tragó saliva y cambió de tema—. ¿Le apetecería... dar un paseo, señor Ashford? Antes mencionó que hacía un bonito día.

—Oh, claro, si así lo desea...

¿Quería que la vieran caminando junto a Nicholas Ashford? No quería alimentar los inevitables rumores, pero no estaba preparada para permanecer a solas con él —ni con su oferta— en privado.

Tomó su sombrero y caminó escaleras abajo. Cuando alcanzaron la puerta principal, Nicholas la abrió y la invitó a salir. «¿Hacia dónde? Será mejor que no vayamos hacia la panadería o hacia Brockwell Court: esos lugares siempre están plagados de chismosos», decidió. Entonces señaló hacia el lado contrario.

—¿Caminamos en esa dirección?

Él asintió y descendieron por la carretera de Ebsbury, dejando atrás el asilo.

Rachel respiró hondo para armarse de valor. Pronto llegarían a Thornvale, a su bonita y querida Thornvale. Cuando alcanzaron la verja principal, dirigió la mirada a la elegante casa de ladrillo rojo, con su puerta verde. Qué años tan felices había pasado en aquel lugar con su hermana y sus padres antes de que llegaran los problemas. También había comenzado allí su breve noviazgo con Timothy Brockwell, que acabó demasiado rápido. Cuando su padre falleció, Nicholas Ashford —su heredero y primo lejano— había pasado a ser el propietario de la casa. Ahora, él vivía allí con su madre.

Si contraía matrimonio con él, podría abandonar su actual vida de joven empobrecida y volver a su casa. ¿Debía hacerlo? Él no la estaría esperando siempre.

La voz de Nicholas interrumpió sus pensamientos:

—¿Deberíamos girar aquí?

—¿Mmm? Ah, sí, sí.

Desembocaron en la amplia calle High y dejaron atrás el banco, así como algunas casas; la botica del señor Fothergill, en cuyo escaparate podían verse coloridas botellas de medicinas sin prescripción; la carnicería, con grandes piezas de carne y aves de corral colgadas en el umbral; y la verdulería, plagada de cajas de productos agrícolas.

Nicholas señaló hacia la tienda de Prater, que hacía las veces de oficina de correos.

—¿Le importa si nos detenemos un momento ahí? Necesito enviar una cosa.

Rachel asintió y añadió que esperaría fuera; debía evitar como fuera a la chismosa señora Prater. Hubo un tiempo en que la ácida esposa del dueño del establecimiento había tenido una actitud servil hacia ella, pero aquello había sido antes de la debacle económica que sufrió su padre.

Mientras esperaba, dirigió la mirada hacia Bell Inn, valorando si tenía tiempo de entrar un instante a saludar a Jane antes de que Nicholas saliera. Pero en aquel momento traspasaron el arco de la posada dos personas a caballo, Jane Bell y *sir* Timothy Brockwell. Sintió un vuelco en el estómago al verlos.

Los jinetes no repararon en ella y continuaron hablando animadamente mientras dirigían sus monturas hacia la carretera de Wishford. Ambos vestían con elegancia; Jane llevaba un increíble traje de montar de color azul pavo real. Juntos componían la imagen de la pareja perfecta.

Rachel se retrotrajo a su juventud. Jane, Timothy, Mercy y ella provenían de las familias más influyentes de la zona. Ellos tres eran de edades similares; ella tenía algunos años menos. Creyéndola demasiado joven para seguirlos, a menudo la dejaban de lado en alguna aventura, especialmente Jane y Timothy, más activos y atléticos que ella y Mercy Grove, que era un ratón de biblioteca.

Ahí de pie, en la calle High, sintió que tenía doce años de nuevo y que volvía a ser aquella niña regordeta que veía desde la distancia a los adultos cabalgar juntos.

La puerta de la tienda se abrió y Rachel se volvió hacia ella. Nicholas señaló hacia los jinetes con la mirada.

—¿Quién está junto a *sir* Timothy?

—Mi amiga Jane Bell.

Como si hubiera sentido el escrutinio, *sir* Timothy echó un vistazo por encima del hombro, pero no sonrió ni saludó.

Nicholas se volvió hacia ella y observó su expresión.

—¿Nunca se ha casado ese hombre?

Ella negó con la cabeza, pero no respondió.

—Me pregunto por qué...

«Yo también», pensó Rachel, pero se limitó a encogerse de hombros.

—¿Alguna vez ha cortejado a alguien?

—Hace años que no, que yo sepa.

—Pero ¿él es... amigo suyo?

—Es amigo de la familia, sí. Pero eso no significa que me confíe asuntos de índole personal.

El señor Ashford se volvió de nuevo hacia los jinetes mientras desaparecían colina abajo.

—Debe de ser el soltero de oro. Es un buen partido.

—Sí, lo sería —respondió Rachel, con sinceridad—. Para la mujer adecuada.

Hubo un tiempo en que pensó que ella podría ser aquella mujer, pero eso había sido ocho años atrás. Respiró hondo. Ya era hora de perdonar, olvidar y seguir adelante.

Hizo un gesto hacia la calle, en dirección a Potters Lane.

—¿Continuamos?

Durante un instante, él le sostuvo la mirada fijamente y una cierta tensión se instaló entre ellos.

—Sí, me encantaría.



Jane Bell inhaló profundamente el fragante aire otoñal: manzanas y moras, heno y avena secándose al sol. Las verdes hojas de los castaños y de la maleza empezaban a tornarse amarillentas, lo que hacía destacar los colores de las flores y de las frutas maduras que aún perduraban. Mientras cabalgaba a través del campo, llamó su atención un jilguero que comía de las vainas abiertas de los cardos; en la distancia, distinguió a unos trabajadores que cosechaban avena.

Ella y Timothy conversaban animadamente mientras recorrían al trote la carretera de Wishford. Con el nuevo traje de montar que había comprado, se sentía más hermosa que en mucho tiempo. *Sir* Timothy vestía con elegancia, como siempre, con levita, pantalones de cuero y botas de arpillera.

Contuvieron a los caballos y continuaron al paso. El hombre volvió la mirada hacia ella.

—¿El traje es nuevo?

—Sí, sí que lo es.

—Me gusta. Parecías un cuervo embarrado en aquel traje antiguo y marrón. Ella fingió exasperarse.

—¡Muchas gracias por nada, señor! Es muy poco galante por su parte.

Estaba contenta ante aquella confianza para bromear con ella. Hacía que se sintiera más cerca de él, del Timothy de siempre, de su amigo de la infancia.

Él sonrió.

—Me alegro de que podamos montar juntos de vez en cuando. Lo echaba de menos.

—Yo también. ¿Con quién salías a montar todos los años en que nosotros... no lo hicimos?

—Normalmente, yo solo. Algunas veces me acompaña el administrador de la hacienda y juntos echamos un vistazo a los campos. Otras veces, salgo con Richard, aunque cada vez viene menos a casa.

Jane no había visto a Richard, el hermano de Timothy, en años.

—¿Nunca con amigos?

Él sacudió la cabeza.

—Si lo piensas, en Ivy Hill escasean hombres de mi edad.

—Nunca me lo había planteado... Yo tenía a Mercy y a Rachel, pero tú tenías pocos amigos cercanos.

—No necesitaba más amigos. —La miró de soslayo—. Te tenía a ti.

Ambos se miraron, hasta que Jane sintió un dolor punzante en el pecho. Él le quitó hierro al asunto con una sonrisa burlona.

—Oh, no sientas pena por mí. Horace Bingley no vivía lejos de aquí, pero tenía suficiente con verlo en la escuela.

—¿Sentir pena por el dueño de las tierras del condado? —respondió Jane, burlona—. Difícilmente.

Aunque sí sentía un poco de pena. Su vida, su familia y sus responsabilidades no habían sido siempre fáciles de llevar. Él bajó la mirada y preguntó:

—¿Alguna vez saliste a montar con el señor Bell? Si así fue, nunca os vi.

Lo miró sorprendida. Casi nunca hablaba de John.

—No, mi padre vendió a *Hermione* durante mi viaje de bodas. Además, John siempre estuvo muy ocupado con la posada.

—Entonces me alegro de que tengas a *Athena* ahora. Se adapta muy bien a ti.

Jane acarició el brillante lomo de su yegua.

—Sí, me siento muy agradecida de tenerla.

Recordó que había sido Gabriel Locke quien le había regalado a *Athena*. Sus robustas y hermosas facciones resplandecieron en su memoria, igual que el tacto de las fuertes y callosas manos sujetando las suyas.

Timothy volvió la mirada hacia ella de nuevo.

—Es bueno ver que ya no estás de luto, Jane. ¿Has podido superar... lo peor del duelo?

«Sí, lo he superado. Al menos en lo concerniente a John», pensó.

—¿Crees que volverás a casarte? —continuó él.

Tosió al escuchar la pregunta.

—Polvo —susurró, pero sabía que no podría engañarlo. Tragó saliva y respondió—: No lo sé. Quizá con el tiempo.

El semblante del hombre se deshizo en un gesto de derrota.

—Dime la verdad, Jane. ¿Te casaste con el señor Bell porque querías o porque yo te decepcioné?

Ella respiró hondo y detuvo su caballo. Timothy nunca había abordado el tema tan directamente. Él tiró de las riendas, se situó cerca de ella y prosiguió:

—Si no hubiera dudado. Si no me hubiera...

—¿Enamorado de otra persona? —completó ella.

Él pareció derrotado de nuevo, pero no confirmó ni negó. Tampoco hacía falta. En el baile de presentación de Rachel Ashford, Timothy había mirado hacia la joven con una admiración más intensa de la que demostraba sentir por ella misma. Entonces él empezó a tratar a la chica con formalidad, casi como a una extraña —una intrigante y hermosa extraña—, y había sido doloroso presenciarlo. Sabía que Timothy se sentía atado a ella y, por eso, había dudado si dar importancia a aquella atracción. Pero no quería que él la eligiera porque era lo que debía hacer, por lealtad o por las expectativas de los demás. ¿Qué mujer habría querido eso? Tal vez, si John Bell no hubiera luchado por ganar su atención con tanta determinación, ella no habría notado la cálida devoción que faltaba en los ojos de Timothy.

—No puedo negar que los acontecimientos influyeron en mi disposición a ser cortejada por John. —Dirigió su mirada hacia él—. Timothy, ¿por qué no te has casado nunca? Yo elegí a otra persona. Eras libre de casarte con quien quisieras.

—¿Libre? No. Tú sabes por qué no me he casado.

Vio angustia en sus ojos y sintió compasión por él. Entonces comprendió que se refería a algo más que a su obligación hacia ella: las altas expectativas de su familia.

—Sabes cuánto significabas para mí, ¿verdad, Timothy? —respondió con suavidad—. Y lo agradezco que estoy por haber recuperado nuestra amistad.

—Yo también valoro nuestra amistad, Jane. Precisamente por eso necesito preguntarte esto. No estás esperando... nada más de mí, ¿verdad? Sé que suena presuntuoso, que Dios me perdone, pero no quiero decepcionarte de nuevo.

La mujer respiró hondo.

—Me decepcionaste, no puedo negarlo. Pero eso fue hace mucho tiempo. Tienes todo el derecho a casarte con otra persona. —Se acercó a él y le apretó la mano—. De verdad. Quiero que seas feliz.

—Gracias, me alegro de que estemos de acuerdo. Quería asegurarme antes de... hacer nada más.

Siguieron cabalgando. Jane esperaba que Timothy no hubiera esperado demasiado ahora que Nicholas Ashford había entrado en escena. ¿O es que estaba pensando en alguien que no era Rachel? Con ello en mente, añadió:

—Sea como fuere, espero que te cases por amor, no por obligación familiar.

El hombre frunció el ceño.

—No sé si puedo separar ambas. Me lo han inculcado desde que era un niño: cástate con alguien adecuado para la familia y el amor y la felicidad llegarán con el tiempo.

—¿Como hicieron tus padres?

—Exacto. Mis padres casi no se conocían.

—¿Crees que fueron felices?

—Aunque las pruebas diarias digan lo contrario, mi madre jura que lo fueron. Estaba devastada cuando él murió.

Jane asintió.

—Estoy segura de que lo estaba. Y tú también, sin duda. Siento mucho no haber estado ahí para apoyarte. Insisto, me alegro de que hayamos podido recuperar nuestra amistad.

—Yo también. —Le sonrió, pero era una sonrisa llena de tristeza, una sonrisa de despedida.

¿Habría sido más feliz si hubiera fingido no ver sus sentimientos hacia Rachel, si hubiese rechazado a John Bell y se hubiera casado con Timothy de todos modos? Jane rechazó tan inútil pensamiento. Timothy era el dueño de Brockwell Court y debería tener un heredero al que entregarle su legado, y eso superaba sus capacidades.

Detuvieron sus caballos para que bebieran del agua clara de un arroyo. Jane inhaló una bocanada de aire y desterró el pensamiento de lo que podría haber sido. Con una sonrisa de determinación, dijo:

—Bueno, no estropeemos nuestra excursión con un tema tan sombrío. Debo estar pronto de regreso en Bell Inn para dar la bienvenida a los clientes de la una.

Él asintió.

—De acuerdo. ¿Volvemos... en una carrera?

Ella sonrió abiertamente.

—Me encantaría.

Mientras galopaban, aquella pregunta volvió a cruzarse en su mente: ¿Habría sido más feliz si se hubiera casado con Timothy? ¿Renunciaría a su matrimonio con el dueño de la posada y a sucederlo a su muerte como dueña de Bell Inn?

«No», fue su conclusión. Se sorprendió con aquella revelación y con la paz que la envolvió tras sus reflexiones. No cambiaría nada, ni donde estaba ahora ni en quien se había convertido, para volver atrás en el tiempo y casarse con *sir* Timothy Brockwell.

A la mañana siguiente, Rachel se sentó a desayunar con las señoritas Grove y le preguntó a Mercy qué tal avanzaba su campaña. Su amiga deseaba abrir una escuela de la beneficencia para educar a muchos —si no a todos— los niños y las niñas del condado, pudieran o no pagar los estudios. Por el momento, Ivy Cottage solamente podía hospedar alrededor de ocho alumnas.

—No demasiado bien —explicó Mercy, mientras extendía mantequilla en su tostada—. El magistrado lord Winspear no ha respondido aún a mi solicitud de una reunión y ayer llegó a mis oídos que *lady* Brockwell está en contra de educar a los pobres. *Sir* Timothy dijo que *quizá* daría apoyo al proyecto en el futuro, pero que ahora tiene otras obligaciones que atender. Al parecer, el asilo necesita un nuevo tejado y la iglesia tiene una lista de reparaciones pendientes. Por su parte, el señor Bingley dijo que, si los Brockwell y los Winspear aceptan poner dinero para la causa, él lo hará también, pero no antes —terminó con un suspiro.

—Lo siento mucho.

—No te preocupes, Rachel. —Matilda acarició la mano de su sobrina—. Mercy no se dará por vencida y logrará lo que se proponga.

—Que Dios te oiga, tía Matty.

Más tarde, cuando acababan ya de desayunar, el criado de las Grove trajo el correo y le alargó una carta a Rachel. Ella le dio las gracias y el señor Basu abandonó la habitación tan silencioso como había venido.

Reconoció la letra de su hermana y se excusó para leer la carta en privado.

Querida Rachel:

Te mando saludos, hermana pequeña. Espero que, cuando recibas esta carta, estés feliz en tu nueva casa. ¿Recuerdas cuánto admirábamos el encantador Ivy Cottage cuando éramos niñas? Admito que siempre me imaginé viviendo allí cuando era joven y estaba secretamente enamorada de George Grove. Afortunadamente, no perdí mi

corazón por él, aunque estuve a punto, hasta que supe que planeaba seguir su carrera en India. Sí, creo que mi desilusión comenzó en aquel preciso instante.

Espero que las señoritas Grove te estén tratando bien. ¿Te han encerrado en el ático o te han obligado a realizar las labores como a Cenicienta, la pobre y huérfana hermanastra? ¿Compartes cama con cuatro alumnas que se retuercen y cuyos pies y aliento apestan? Espero que no. Quizá las niñas no produzcan olores y sonidos tan desagradables como los niños. Estoy segura de que no era nuestro caso. Mamá nos convirtió en unas señoritas. Hablando de asuntos fétidos, ¿alguna vez has visto a la dragona que vive ahora en nuestra antigua casa?

Rachel negó con la cabeza y continuó leyendo la carta de su hermana con un gesto irónico en los labios. Después, se instaló en el escritorio de la sala de estar y escribió su respuesta:

Querida Ellen:

Muchas gracias por tu carta. Quédate tranquila, estoy contenta aquí, en Ivy Cottage. Por supuesto que las señoritas Grove son todo lo amables que pueden ser, más de lo que merezco. Y no, no me han encerrado en el ático. Tengo mi propia habitación. No es muy grande, pero es cómoda. Creo que se trata de la habitación de George Grove antes de que partiera al extranjero.

Es muy amable por tu parte enviarme una moneda bajo el sello y ofrecerte a enviarme más, pero no es necesario. Aún tengo algo de dinero y he podido realizar pequeñas contribuciones como pago por mi mantenimiento, lo que alivia mi incomodidad por aceptar lo que, de otro modo, sería caridad.

Hablando de asuntos más alegres, te gustará saber que me he reconciliado con Jane Bell. Echaba de menos su amistad más de lo que puedas imaginar, y estoy muy agradecida por tenerla en mi vida de nuevo. Aunque está muy ocupada con la posada, encontramos un rato para hablar todas las semanas; ella se acerca a Ivy Cottage o yo doy un paseo hasta Bell Inn y nos tomamos un café juntas.

Preguntabas por los nuevos residentes de nuestro querido Thornvale. Solamente veo a la señora Ashford cuando paso de largo. Ella permanece distante, pero su hijo es muy amable y su calidez equilibra la frialdad de su madre. El pueblo ya tiene al señor Ashford en alta estima. Aunque algunos se burlan de sus extrañas maneras, no lo

hacen con mala intención. La señora Ashford, sin embargo, no muestra interés alguno en entablar amistades, excepto con los Brockwell y los Bingley.

Estas son las noticias de Ivy Hill por ahora. Espero que mantengas tu buena salud, especialmente ahora que se acerca el nacimiento de tu nuevo hijo. Les envió todo mi amor a Walter y a William.

*Con cariño:
Rachel*

Dobló y selló la carta. Escribirla le había recordado que no había pagado aún por su habitación y su mantenimiento del mes. Subió al piso de arriba para solucionarlo.

En su habitación, alargó la mano hacia su bolso, que estaba en la mesilla, y volcó su contenido en la palma de su mano, pero solamente cayeron algunos peniques y un botón que se había caído de su chaleco azul en la iglesia y había olvidado coserlo.

No tenía suficiente con aquellos peniques, por lo que abrió el baúl que tenía a los pies de la cama y sacó su monedero. Tenía un poco de dinero ahorrado de una pequeña renta que había heredado de su madre. Pero los dividendos no durarían mucho más. Rescató una moneda y, después, devolvió su atención al botón descosido. Debería coserlo, hacer algo productivo. Al fin y al cabo, la costura era una de las cosas que se le daban bien.

Rebuscó más hondo en el baúl y revolvió la ropa de invierno que había guardado junto con el único vestido que conservaba de su madre. Cerca del fondo, levantó una tela y ahí estaba: el vestido que había llevado a su baile de presentación hacía ocho años. Al verlo, se olvidó del botón y el chaleco.

Extendió el elegante traje de color rosa en la cama y lo admiró de nuevo. Aunque sabía que era una estupidez, no podía soportar la idea de separarse de él.

Recordó cómo se había sentido vestida con él. Aquella noche, cuando se miró en el espejo, por primera vez le gustó lo que veía. Ya no era una adolescente sin gracia. Favorecía su figura y resaltaba el tono de su piel. En él, se sintió femenina, adulta y atractiva. Y, basándose en la reacción de Timothy Brockwell, supo que él lo había pensado también. Aún podía recordarlo, inmóvil al final de las escaleras, con los ojos muy abiertos mientras ella bajaba. Aún podía oírle murmurar:

—Estás... increíble. Quiero decir que estás muy guapa, increíblemente guapa.

Se le contrajo el pecho con ese recuerdo. Aquella noche había sido casi perfecta y, aun así...

Alguien llamó a la puerta y se sobresaltó.

—¿Sí?

Anna Kingsley asomó la cabeza.

—Disculpe, señorita Ashford. Alice y Phoebe no están aquí, ¿verdad? Estábamos jugando al escondite y no consigo encontrarlas.

—No. ¿Has mirado en el armario de la ropa? Se escondieron ahí la última vez.

—Buena idea. —El vestido rosa llamó la atención de Anna—. Oh... qué bonito —murmuró.

Rachel miró por encima de su hombro.

—Gracias. Siempre me ha gustado.

Entonces Anna salió de la habitación.

—Iré a buscarlas en el armario. Gracias por la pista.

A solas de nuevo, ordenó y guardó su baúl. Su mirada se topó con la Biblia de su madre, que descansaba sobre la mesilla de noche, pero no la abrió. En cambio, salió en busca de Mercy y, resignada, le confesó su situación.

—Me temo que mis escasos fondos no van a durar mucho más y no puedo vender lo poco que me queda de valor, algunos recuerdos de mi madre y los libros de mi padre. Tampoco tengo vocación de profesora, una conclusión a la que estoy segura de que has llegado también, aunque estoy dispuesta a ayudar en otras tareas. Puedo coser, pero ya he terminado con todos los remiendos. Debo encontrar otra manera de contribuir.

Esperaba que su amiga negara su incapacidad para dar clase o que insistiera en que no se preocupara. En cambio, asintió mientras reflexionaba:

—Tienes razón. Tiene que haber algo más que puedas hacer. Yo en tu lugar no querría sentirme poco útil. Dios nos ha proporcionado todos nuestros dones para servir a los demás, Rachel. Debemos esforzarnos por encontrar los tuyos.

—¿Y cómo hacemos eso?

—Rezando y pidiendo sabiduría y orientación, por supuesto.

—Mmm... —murmuró, evasiva. No se sentía cómoda pidiéndole a Dios, o a cualquiera, que la ayudara.

La señorita Grove añadió:

—Aparte de eso, pedir consejo a los amigos es una buena manera de empezar.



—¿Estás segura de que debo estar aquí? —le susurró Rachel a Mercy, nerviosa ante la perspectiva de asistir a la reunión vespertina de la Sociedad de Damas Té y Labores.

—Por supuesto —la tranquilizó. Cualquiera mujer es bienvenida.

Habían llegado pronto al salón municipal y la señorita Ashford había ayudado a colocar las sillas mientras su amiga calentaba el agua para el té en la cocina que se encontraba en el rincón de la habitación.

Pronto empezaron a llegar otras mujeres, saludándose y hablando entre ellas a medida que se incorporaban. Muchas la miraban con curiosidad. Rachel conocía a la modista, la señora Shabner; a la afinadora de pianos, la señora Klein;

y a la señora Burlingame, que la había ayudado a trasladar sus pertenencias de Thornvale a Ivy Cottage dos meses antes. También reconoció a las encajeras, las señoritas Cook; la lavandera, la señora Snyder, y a algunas otras. ¿Sabrían quién era y la mirarían con desdén por el fracaso de su padre, como tantos otros?

Una mujer de cabello castaño rojizo y ojos claros se presentó como la señora O'Brien, la candelera. Rachel sonrió y se presentó a su vez mientras, en silencio, se imaginaba lo que estarían pensando: «La señorita Ashford, la... ¿qué?».

Entonces apareció Jane Bell y se alegró al verla.

—¡Rachel! Bienvenida. —Jane la abrazó—. Qué bien verte aquí.

—¿Sí? Gracias. —Soltó un poco de aire, aliviada—. Me siento tan fuera de lugar... Aunque me ocurre en cualquier sitio desde que dejé Thornvale.

—Lo entiendo. Yo me sentí fuera de lugar en mi primera reunión también. Ven, siéntate a mi lado.

Mercy ocupó el asiento que quedaba libre al otro lado. Flanqueada por sus dos amigas de la infancia, se sintió un poco mejor.

Una mujer achaparrada, de complexión robusta, se acercó rápidamente al ver a Rachel.

—Cielo santo, ¿otra más?

—Señora Barton —dijo Jane—, esta es la señorita Ashford, que nos visita hoy por primera vez.

—Ya sé quién es. ¿Quién vendrá después?, ¿sus altezas reales las princesas?

Judith Cook suspiró con melancolía.

—Oooh, las princesas. ¿No sería maravilloso?

La señora Barton puso los ojos en blanco y se volvió hacia Mercy.

—He oído que la señorita Ashford está ayudando en su escuela, pero ¿ahora se cree una mujer de negocios?

Rachel intervino:

—Para ser sincera, no sé lo que soy. Todo lo que sé es que necesito encontrar la manera de ganarme la vida.

Mercy rectificó:

—La señorita Ashford nos ayuda en Ivy Cottage de muchas maneras distintas, pero le gustaría garantizar su propio sustento, ahora que su hogar familiar es propiedad del heredero de su padre. Se me ocurrió que podríamos ayudarla a pensar en algo que sea adecuado para sus capacidades.

—¿Es que su padre no les dejó nada a su hermana y a usted? —preguntó Charlotte Cook—. ¿El joven Ashford recibió todo?

Rachel se sonrojó.

—Mi hermana heredó algunas cosas de mi madre y yo heredé la colección de libros de mi padre.

Una joven silbó, impresionada.

—Bueno, eso es algo.

—¿Sí? —Rachel no estaba muy convencida.

La señora Snyder asintió.

—Los libros sonpreciados, por supuesto. Imagino que valen una buena suma de dinero.

Rachel negó con la cabeza y respondió:

—No, en su testamento insistió en que no podía venderlos, en que debería mantener la colección intacta.

Judith Cook repitió su suspiro melancólico y murmuró:

—Una colección de libros para usted sola... Nunca terminaría los encajes si fueran míos.

La señora Klein añadió:

—Yo suelo visitar la biblioteca circulante de Salisbury cuando voy allí, pero está demasiado lejos para ir a devolver un libro.

—Pueden leer los libros de mi padre, si lo desean —propuso Rachel. Me temo que yo misma no soy muy aficionada a la lectura, por lo que reciben poca atención de mi parte.

—¿Cuántos tiene? —se interesó la señora Burlingame.

—No lo sé, cientos. El heredero de mi padre me permitió dejarlos en Thornvale por el momento, pues no caben en mi habitación de Ivy Cottage.

—La señora Klein me ha dado una idea —comenzó la candelera—. ¿Y si crea usted una biblioteca circulante aquí en Ivy Hill? ¿Hay alguna condición en el testamento de su padre que lo prohíba?

La señorita Ashford, estupefacta, fijó la mirada en la señora O'Brien. ¡Menu-da idea! Intentó recordar las palabras del abogado.

—No, nada que yo recuerde.

—Perfecto, quedamos así entonces. Asunto zanjado. —La señora Barton se recostó en su silla con gran satisfacción—. Ahora, me gustaría hablarles de mis vacas.

—Pero... —vaciló Rachel—. No hay nada zanjado. Ni nada que se acerque siquiera a algo zanjado. Aunque aprecio su sugerencia, es una idea totalmente inconsistente. No puedo asumir que podré abrir una biblioteca circulante en Thornvale, que ya no es mi casa.

—¿Por qué no? He visto cómo la mira ese joven —dijo la señora Burlingame—. Apuesto a que haría cualquier cosa que usted le pidiera.

—Aunque hay que admitir que su madre no lo haría —agregó la señora Klein—. Ni siquiera tiene intención de contratarme para afinar ese viejo pianoforte.

Rachel no podía estar más de acuerdo.

—Aunque la señora Ashford me lo permitiera, no sería apropiado que me aprovechara de su generosidad.

—Podrías usar la biblioteca de Ivy Cottage —dijo Mercy—. La mayoría de los libros que usamos habitualmente se guardan en el aula. Creo que tenemos más ornamentos que libros en las estanterías de la biblioteca. Tendré que hablar

con la tía Matty antes, pero raramente utilizamos el salón de invitados y podríamos ceder parte de ese espacio también, si fuera necesario.

—Oh, Mercy, no podría. Es demasiado pedir.

—En absoluto. Sería una bendición tener todos esos libros bajo nuestro techo, un beneficio para la escuela, siempre que las alumnas puedan tomarlos prestados, claro.

—Por supuesto. Y tú también, claro. No pensé que pudieras estar interesada.

—Oh, sí. Hace tiempo que admiro, e incluso codicio, la biblioteca de tu padre.

Rachel levantó los brazos con un gesto de nerviosismo.

—Ni siquiera sé cómo funciona una biblioteca circulante.

La señora Klein intervino entonces:

—La de Salisbury cobra una tarifa de suscripción anual y, después, se deben pagar dos centavos adicionales por cada volumen que se tome prestado.

Mercy asintió.

—Recuerdo que la que se encontraba cerca de la casa de mis padres en Londres tenía un funcionamiento similar.

—Yo puedo ayudarla a llevar los libros hasta Ivy Cottage —se ofreció la señora Burlingame.

Jane asintió con aprobación.

—Y yo podría promocionar la biblioteca en Bell Inn. Estoy segura de que algunos clientes habituales estarían encantados de tomar prestados libros populares y entretenidos para matar el tiempo mientras viajan.

—No sé si los libros de mi padre podrían describirse como populares o entretenidos. La mayor parte son de naturaleza académica, creo recordar: acontecimientos históricos, biografías, obras de filosofía...

—Entonces —sugirió Mercy—, quizá podrías aceptar donaciones externas de libros populares y novelas. Nosotras tenemos muchos.

—Nosotras tenemos unos cuantos también —añadió Charlotte Cook.

Rachel levantó la palma de la mano e insistió:

—No quiero obras de caridad.

—Tal vez, podrías... reducir la tarifa de suscripción para aquellos que donen libros o concederles crédito para tomar prestados otros. Ambas opciones convertirían la donación en un intercambio justo —reflexionó Jane.

—Esperemos que otros paguen por la suscripción completa —dijo la señora Klein—. No podrá ganarse la vida si solamente intercambia libros.

—Estoy segura de que mucha gente estará dispuesta a pagar por una suscripción. Yo misma la pagaría —repuso la señora O'Brien.

—Yo también —corroboró la señora Barton—, si el precio no es excesivo.

Rachel sacudió la cabeza.

—Cielos, no sabría cuánto cobrar. Pero no nos adelantemos a los hechos. Me han dado mucho que pensar y tengo que hablar con las señoritas Grove. Muchas

gracias. Además, ya he ocupado demasiado su tiempo. ¿Quién es la siguiente? La señora Barton y sus vacas, ¿no es así?

—Exacto —afirmó la lechera—. Tengo demasiada leche. Mis vacas están produciendo mucho ahora mismo y ya tengo más queso del que podría vender este mes.

—He estado pensando, señora Barton —intervino Jane—. ¿Cabría la posibilidad de que hiciera queso con forma de campana? Quizá podría venderlo en la posada.

—¿Igual que el queso Stilton que venden en otras posadas?

—Exactamente.

La señora Barton meditó un instante, apretando los labios.

—Con forma de campana, ¿no es así? Una idea interesante...

La reunión siguió su curso y Rachel respiró aliviada cuando dejó de ser el centro de atención. Permaneció sentada en silencio, pero su mente siguió ocupada, dándole vueltas a la idea de la biblioteca circulante. ¿Podría tener éxito aquel negocio? ¿O terminaría con un estrepitoso fracaso? Esta última opción parecía más probable.